

Las particularidades del proceso urbanizador en Colombia

ON COLOMBIA'S URBANIZATION PROCESS PARTICULARITIES

Nubia Yaneth Ruiz Ruiz

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia
Profesora Asociada, Instituto de Estudios Urbanos. Ph. D. en Demografía,
nyruizr@unal.edu.co

Recibido 20 de enero de 2008
Aprobado 15 de marzo de 2008

Resumen

Migración y urbanización son dos categorías que se complementan al momento de abordar el análisis de la distribución poblacional sobre el territorio. La migración es un proceso inherente a las sociedades humanas, son movimientos que muestran diversas dimensiones territoriales y distintos elementos causales, pero siempre se relacionan con la búsqueda de protección o en pos de mejores condiciones de vida. La migración interna en Colombia dibujó especialmente en las décadas del sesenta y setenta, un nuevo mapa de la distribución poblacional, conformando un país urbano en el cual la migración forzada ha jugado un papel importante en diversos momentos históricos.

Este artículo evalúa el proceso de la urbanización, la relación que tiene con el fenómeno migratorio y el impacto de la violencia en el traslado de la población hacia distintas áreas urbanas, que han tenido que crecer y ampliar su territorio para recibir a los nuevos pobladores. Este hecho crea unas condiciones particulares de urbanización que la autora advierte, examina y caracteriza para permitir una mejor comprensión del fenómeno en el país.

Palabras clave: Migración forzada, Urbanización, Distribución territorial, Población, Ocupación del territorio.

Abstract

Migration and urbanization are two complementary categories on populations distribution analysis over the territory. Migration is a natural society process, as movement it shows diverse territory dimensions and different causes for it, but always related to the search of protection or better life conditions. Colombia intern migration, especially in the 60's and 70's, described a new population distribution map, which configured a new urban country where forced migration has played an important role during history.

This article evaluates the urbanization process, the relation of it with the migration phenomenon and the violence impact in the population migration towards urban areas; areas which have had to adjust its size by growing to receive the new inhabitants. These facts create particular urbanization conditions that the author advices, studies and characterizes to reach a better comprehension of the phenomenon in the country.

Keywords: Forced migration, Urbanization, Territorial distribution, Population, Occupation of the territory.

1. Las migraciones agenciadoras de la urbanización

“La migración es un proceso complejo que obedece a determinantes psicológicos, sociológicos y económicos que, lejos de permanecer constantes en el tiempo y en el espacio, tienen contenidos diferentes de acuerdo con el nivel de educación y las aspiraciones de movilidad social, las normas y las instituciones sociales vigentes y la relación entre las necesidades materiales de la población, los recursos naturales y la tecnología utilizada en la producción” (Elizaga, 1979: 210). Con esta definición se dimensiona la complejidad del estudio de las migraciones y la exigencia que tiene de conocer el contexto que rodea los movimientos migratorios, en particular los que se gestan en condiciones de conflicto, como es el caso de la migración interna en Colombia. De otra parte, la migración de población, a diferencia de los otros fenómenos poblacionales y sociales, es un proceso complejo en su observación, registro y medición. Involucra espacios físicos, dimensiones temporales y grupos de población como elementos observables y medibles (Vinueza, 1994) y, a su vez, está atravesado por diversos factores de carácter personal y social que intervienen en la decisión de migrar o no, la dirección de dicho movimiento y el momento en que se realiza.

El estudio de las migraciones se podría remontar a la existencia misma de los seres humanos. La condición de migrar se relaciona con la búsqueda de condiciones diferentes a las que tienen en su lugar habitual de residencia. Ha sido un comportamiento ligado a la existencia de las sociedades: “las migraciones son desplazamientos de grupos humanos que los alejan de sus residencias habituales. Esta definición permite englobar fenómenos demográficos muy diversos, puede referirse a movimientos pacíficos o agresivos, voluntarios o involuntarios” (Martínez Coll, 2001).

Las migraciones han sido una estrategia utilizada por todos los grupos sociales en su búsqueda permanente e inacabada de mejores condiciones materiales y/o espirituales de vida. En este sentido, la posibilidad de migrar o no se ha transformado en un derecho vital, y su ejercicio se materializa en diversas dimensiones, tanto sociales como espaciales. Independiente de la distancia que recorre o del volumen de población que se moviliza, este fenómeno social exige un conocimiento integral, holístico del entorno que delimita la vida de dicha población. El tema de las migraciones es un problema de investigación que atañe a todas las ciencias sociales, los elementos económicos, políticos, sociales y culturales que están presentes en la decisión y el hecho mismo del desplazamiento deben ser parte fundamental al momento de conocer, comprender y explicar las situación de manera integral.

Todos los grandes movimientos migratorios en la historia de la humanidad han tenido la condición de inscribirse en procesos sociales, movimientos de población acompañados de hechos históricos; “desde las invasiones y la colonización de territorios ocupados por diferentes culturas hasta las migraciones del campo a las ciudades en los tiempos modernos y los desplazamientos más o menos forzados por razones políticas que han ocurrido, especialmente desde la Primera Guerra Mundial, en el continente europeo” (Elizaga, 1979: 210). Es allí donde radica la complejidad en el conocimiento y análisis de las migraciones, al entenderlas como un proceso integral ligado a la vida y la historia de la población.

Las teorías clásicas sobre las migraciones humanas presentan serias limitaciones cuando se trata de explicar la actual migración forzada de la población en Colombia; al igual que en todas las ciencias sociales, los estudios sobre migración deben ser abordados desde la compleja interacción de múltiples variables, que exigen una aproximación integral. En pala-

bras de Arango (2003: 26), “quizá la mayor dificultad para el estudio de las migraciones reside en su extremada diversidad, en cuanto a formas, tipos, procesos, actores, motivaciones y contextos socioeconómicos y culturales. Ello hace fácilmente comprensibles los problemas que las teorías encuentran para explicar tal complejidad”. En la misma dirección, Lattes (1995: 255) añade: “Los movimientos territoriales de la población no son fenómenos aislados y que interesen por sí mismos. Es necesario que la investigación ponga mucho más énfasis en las interacciones y/o interferencias de la movilidad territorial con una amplia y compleja gama de problemas sociales. Es posible mirar la migración como indicador de problemas y, en cierto modo, ella puede constituir un fenómeno que sirve para monitorear otras acciones”. La migración debe ser estudiada como un fenómeno sociodemográfico, que interactúa de manera permanente con otros procesos de carácter económico, social y político. Debe tener una referencia histórica que brinde la oportunidad de conocer sus antecedentes y el contexto en el cual se ha desarrollado.

La migración forzada como fenómeno migratorio que ha transformado en la etapa reciente la geografía humana de Colombia no escapa de esta compleja realidad. Siguiendo a Blanco (2000: 46), “las migraciones forzadas en tanto que desplazamientos humanos comportan con los voluntarios todos los aspectos de complejidad y repercusiones sociales, pero en tanto que movimientos forzados desplegados en condiciones dramáticas para sus protagonistas, constituyen uno de los problemas más serios de la humanidad”. Las dificultades teóricas para abordar esta particular modalidad de migración se incrementan, debido entre otras cosas, a lo reciente de su visualización, reflejada en la poca teorización construida al respecto.

Las teorías neoclásicas de la migración, que dominaron el panorama científico hasta los años setenta del siglo XX, brindaron en su momento invaluable herramientas conceptuales para la interpretación de las migraciones. Su fortaleza ha estado fundada en explicarlas como fruto de la atracción económica, es decir, de la movilidad motivada y regulada por la demanda de mano de obra y la posibilidad de alcanzar un mayor bienestar. Parte de su bagaje teórico está dado por los aportes de Ravenstein, con *The Laws of Migration* (1885-1889); Lee (1965) en su trabajo *A Theory of Migration*, y el modelo de desarrollo económico de Arthur Lewis, utilizado para explicar las migraciones. Algunas de las críticas actuales a esa escuela se fundamentan en las limitaciones que presenta dicha visión, al pretender dar cuenta de los movimientos de población en la actualidad. A este respecto, Arango (2003: 9) afirma que “la explicación neoclásica de las migraciones ha sido criticada debi-

do a los siguientes motivos: resta importancia a factores distintos a los económicos, en especial a los de naturaleza cultural, necesariamente influyentes en una decisión tan existencial como es la de emigrar; por reducir mecánicamente los factores determinantes de las migraciones; por tratar indiscriminadamente a todos los migrantes y todas las sociedades implicadas en la migración, como si fueran homogéneos; por adoptar una perspectiva estática; por identificar migrantes con trabajadores y hacer caso omiso de cualquier migración que no sea de mano de obra”.

Al parecer, el determinismo económico de las teorías migratorias ha marcado el camino del análisis, empañando las otras dimensiones antropológicas, sociológicas y políticas que sin duda son parte importante para la comprensión del fenómeno en el momento actual. Los aportes conceptuales acerca de las políticas nacionales e internacionales que regulan las migraciones, las redes migratorias, los factores culturales que inciden en la orientación de los flujos son, entre otros, importantes en los requerimientos teóricos necesarios para abordar el problema de las migraciones contemporáneas.

Teniendo en cuenta que algunas de las formas contemporáneas de movilidad poblacional no tienen como consecuencia la ubicación equitativa de la población sobre el territorio, como se esperaría dentro de la concepción tradicional de las migraciones humanas, se hace necesario incluir en la investigación de las formas contemporáneas de migración de la población, el conocimiento de las particularidades sociales, económicas, políticas, culturales y demográficas, tanto de las poblaciones como de los territorios por ellas abandonados u ocupados.

2. Los movimientos migratorios internos en Colombia

La redistribución poblacional en Colombia, agenciada desde las migraciones internas durante el último siglo, han tenido en algunos momentos como telón de fondo las disputas territoriales, la acumulación de tierras y la violencia, la cual ha sido la herramienta más eficaz en la consecución de este propósito. Dicha situación tiene un comportamiento cíclico, que va de la mano de las transformaciones estructurales y coyunturales, como fue la implantación del proceso modernizador para el país, al lado de las disputas políticas acaecidas a mediados del siglo pasado, la aparición del narcotráfico y la actual condición de descomposición del conflicto interno.

El tema de la migración interna comienza a ser tratado como problema poblacional desde mediados del siglo XX, como consecuencia de la masiva migración campo-ciudad que ocurrió en el país en dicho periodo. Un estudio pionero del tema lo realizaron Ernesto Güllh y Miguel Fornaguera (1969), bajo el título *Colombia. Ordenación del territorio en base del epicentro regional*; dicha investigación hace un importante análisis del proceso de migración interna llevado a cabo durante la primera mitad de siglo XX; para su análisis, los autores toman los periodos intercensales comprendidos entre 1938 y 1964. Describen con gran precisión el comportamiento de la migración interna y las tendencias de la urbanización que ya se perfilaban desde esa época, que no son otra cosa que la ratificación de la primacía urbana, con todos los conflictos que se posan en su naturaleza. Los citados autores afirman que “si bien las más agudas, visibles y explosivas manifestaciones del proceso de migración interna se hacen patentes en las ciudades, no es menos cierto que su origen está en las áreas rurales donde cabe suponer la presencia de una aguda crisis del sistema económico y social que impulsa a esas gentes de cultura tradicional a abandonar sus sitios habituales de residencia, a desplazarse a las ciudades y aun a preferirlas antes que enfrentarse a la colonización de tierras desocupadas o poco ocupadas, sobre todo si presentan una ecología distinta a la de su origen” (Fornaguera y Güllh, 1969: 1).

En el mencionado estudio se exponen las tendencias y la direccionalidad de los flujos de población rural, donde una buena parte de los habitantes del campo trasladaron su lugar habitual de vivienda del área rural a la zona urbana, en el citado periodo. Concluyen que en esa época las zonas de mayor nivel de expulsión de población fueron aquellas donde había cultivos tradicionales. Allí, la capacidad de producción de la tierra fue insuficiente para abastecer a la creciente población, no soportando, entonces, estas zonas la presión demográfica. A ello se sumaron las inequitativas relaciones de tenencia de la tierra.

Al mismo tiempo, ocurre un fuerte movimiento migratorio dirigido hacia áreas de terrenos baldíos, donde la explotación de la tierra se ejerce sin que medie el título de propiedad sobre ella; surge con fuerza el fenómeno de la colonización en zonas del alto Caquetá y Putumayo, a donde llegaron 14 mil personas, y de Arauca, a donde migraron 61 mil personas, en los periodos censales referidos; estos volúmenes de población son bajos, toda vez que la preferencia de los migrantes fue la ciudad (Fornaguera y Güllh). Consecuentemente, la frontera agrícola se expande. Amplias zonas selváticas, ubicadas especialmente en el sur y oriente del país, son despejadas y adaptadas a la agricultura.

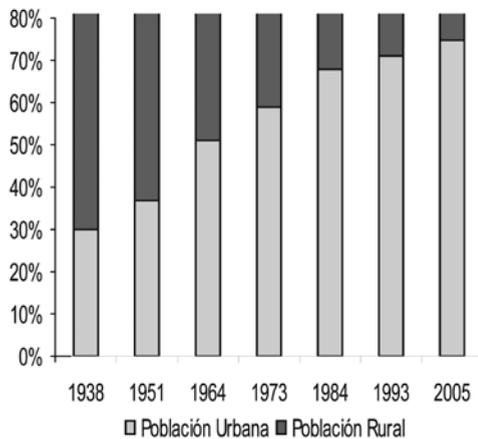
En la etapa posterior, después de 1960, se consolida el proceso de urbanización y “modernización” del país. Dicho proceso no fue muy distinto del que enfrentaron todos los países de América Latina durante los mismos años (Carmona y Simmons, 1977; Villa, 1997); la diferencia radicó en que en Colombia la violencia fue el telón de fondo que empujó el proceso de migración interna y el vuelco de lo rural a lo urbano.

Los estudios sobre el tema logran reconstruir la situación de la migración interna en Colombia para las décadas de 1950 y 1960; establecen elementos concluyentes que tienen que ver con las pautas de expulsión y atracción de los departamentos; determinan las zonas receptoras y su relación con los incipientes desarrollos industriales, perfilados en el país en esas dos décadas. Establecen, igualmente, la selectividad de la migración interna, que tuvo un gran impacto demográfico sobre las estructuras poblacionales de las ciudades intermedias y grandes. En esta etapa la migración determinó las tendencias de expansión y crecimiento de prácticamente todas las entidades administrativas grandes y medianas, que para la época ya se consolidaban como las receptoras de grandes contingentes de población provenientes del área rural.

Los migrantes fueron grupos heterogéneos en cuanto a su condición económica; se desplazaron campesinos ricos, medios y pobres. La condición socioeconómica de la población que llegó a la ciudad determinó, igualmente, su ubicación en el espacio urbano. Se consolidaron zonas urbanas de población con ingresos medios; surgieron las urbanizaciones y barrios estructurados para la llamada clase media, expandiendo de esta manera el área urbana de la ciudad. Los migrantes pobres provenían fundamentalmente de las áreas rurales y se ubicaron en las zonas marginales, constituyendo de esta manera los llamados cinturones de miseria. Se configura, desde 1950, una segmentación socio-espacial de la población en la que subsisten y coexisten fuertes contrastes sociales y económicos, que evidencian las profundas inequidades y fragmentaciones sociales gestadas desde la naturaleza misma del sistema capitalista.

Las investigaciones sobre la migración interna y la distribución espacial de la población sobre el territorio concluyen la ya evidenciada urbanización del país, que conllevó un proceso acelerado de concentración humana en núcleos urbanos durante dos décadas, los años comprendidos entre 1950 y 1970. Algunos investigadores encuentran que a partir de la década de los setenta se desacelera este proceso (Ordóñez, 1977; Martínez y Rincón, 1997; Martínez, 2002), mostrando indicios de

Gráfico 1 Evolución de la población rural urbana. Colombia 1938-2005



Fuente: Nubia Yaneth Ruiz Ruiz.

desconcentración de las grandes ciudades. Las investigaciones más recientes perfilan nuevamente un proceso de abandono de las áreas rurales y un crecimiento de la población urbana, debido especialmente al fenómeno del desplazamiento forzado, problema que está concentrado básicamente en las zonas rurales.

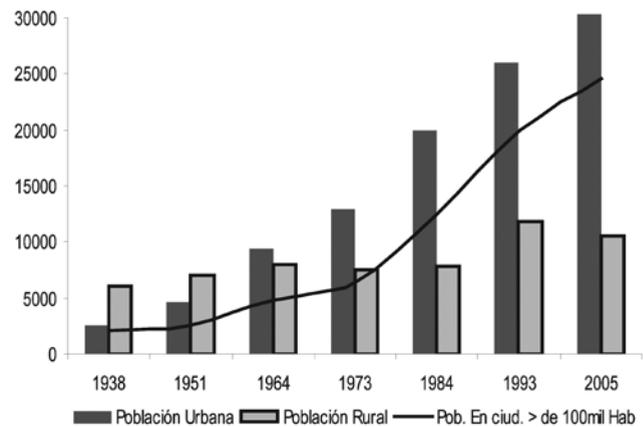
2.1. Traslado de la población a las ciudades

Los datos demográficos y territoriales, sobre la transformación del país rural a un territorio donde el 75% de su población habita actualmente en las zonas urbanas, muestran el progresivo y sostenido proceso migratorio. En 1938, la población colombiana era fundamentalmente rural. El 69,1% de los habitantes se encontraban en el campo, mientras que el 30,9% estaba en las áreas urbanas. En las ciudades de más de 100 mil habitantes se concentraba el 20,1% de la población.

Ya para 1951, la población total del país se había incrementado en 2 millones 850 mil habitantes, creciendo en este lapso en un 32,7%, al pasar de 8 millones 700 mil a 11 millones 550 mil habitantes. El sector que acaparó el crecimiento fue el urbano, que alcanzó un alza del 66%, incrementándose de 2 millones 692 mil habitantes a 4 millones 468 mil, mientras que el rural únicamente creció un 17,8%. Aun así, el país seguía siendo básicamente rural.

La concentración de población en el área urbana registrada entre 1938 y 1951 no alimentaba la metropolización buscada y más bien hacía crecer los municipios medianos y pequeños. Tal tendencia iba a cambiar en el período de la llamada “violencia”. Se presentaron altas tasas de crecimiento demográfico; el número de habitantes

Gráfico 2 Evolución de la población rural urbana concentrada en ciudades de más de 100 mil habitantes. Colombia 1938-2005



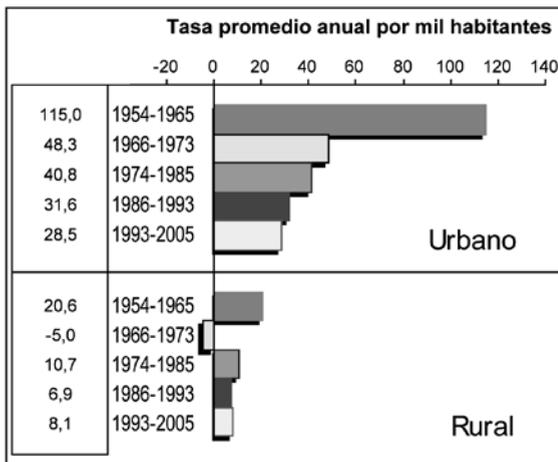
Fuente: Nubia Yaneth Ruiz Ruiz.

se incrementó en un 51,4%; los habitantes del campo se incrementaron en tan solo el 18,5%, mientras su participación en el total de la población se había reducido al 48%. En 1973, el 61,3% de sus habitantes se concentraba en las áreas agrícolas, mientras que el 38,7% ya estaban en las ciudades y, de ellos, el 18,5% vivían en municipios de más de 100 mil habitantes, registrándose una disminución de este último segmento, lo que contradecía las aspiraciones de los modernizadores que pretendían centralizar las mayorías en un número limitado de urbes.

El proceso acaecido en los años cincuenta, sesenta y setenta se desarrolló dentro de un contexto que presenta dos elementos centrales: el primero, el proceso de cambio socioeconómico empujado mediante la estrategia de sustitución de importaciones que generó, al igual que en el conjunto de los países de América Latina (Villa, Rodríguez 1997), un proceso inicial de desarrollo tecnológico y de modernización del campo que, a su vez, ofertaba bienes y servicios en los centros urbanos, convirtiendo a la ciudad en un polo importante de atracción. El segundo, la violencia generalizada de la década de los años cincuenta, que acompañó de manera particular la modernización en Colombia.

La concentración urbana en el período examinado (ver gráfico N° 2), fue muy significativa si se tiene en cuenta que el segmento de mayor crecimiento lo presentaron los municipios de más de 100 mil habitantes, con tasas que alcanzaron el 124,8%, superando, de esa manera, la misma tasa global de crecimiento urbano. Ahora participaban con un poco más de la cuarta parte, el 27,4%, del total de habitantes del país.

Gráfico 3 Tazas de crecimiento urbano - rural Colombia 1951-2005



Fuente: Nubia Yaneth Ruiz Ruiz con datos censales Dane.

El proceso de urbanización en los últimos 50 años tiene comportamientos particulares en cada periodo intercensal; el crecimiento de las áreas urbanas, su relación con los procesos en las zonas rurales son particulares para cada periodo. Estas particularidades tienen que ver con los eventos sociales y económicos que rodean tanto la migración como el crecimiento vegetativo.

El comportamiento durante los 13 años transcurridos entre 1951 y 1964 presenta un cúspide sin precedentes en el crecimiento poblacional del conjunto del país, los espacios urbanos presentaron una tasa promedio anual de 115,0 por cada mil habitantes, con una tasa de crecimiento total para el periodo de 1.035,0 por mil habitantes, en el área urbana; la zona rural presentó un crecimiento igualmente elevado respecto a los periodos posteriores, con una tasa promedio anual de 20,6 por cada mil habitantes y una tasa general de periodo de 185,3 por cada mil habitantes. Este periodo se caracteriza igualmente por tener las tasas globales de fecundidad, con una media de 7,5 hijos por mujer, en 1965.

El crecimiento desbordado del periodo ya descrito fue disminuyendo para los demás periodos censales, acompañado de una importante disminución de las tasas globales de fecundidad, que para 1973 ya estaba en 4,0, hijos promedio por mujer, llegando a 2,4, en el año 2005. Este proceso de baja en la fecundidad, se conjugó en este periodo con la baja en las tasas de mortalidad y se constituyeron en las variables demográficas que determinaron la baja en el crecimiento poblacional.

En el periodo 1966-1973, la tasa promedio anual de crecimiento urbano se redujo a 48,3 por mil habitantes y la tasa de crecimiento rural se comportó negativamente, -5,0, el campo perdió población. Durante el periodo 1974-1985, se dio un proceso de recuperación de las tasas de crecimiento rural, pasando a tener una tasa promedio anual de 10,7 por mil y el crecimiento urbano se mantuvo en 40,8, un poco por debajo del crecimiento del periodo anterior, explicado básicamente por el descenso de las tasas de natalidad, en las áreas urbanas.

En el periodo siguiente, 1986-1993, se observa una sensible disminución de las tasas en las dos áreas (urbana y rural), atribuido básicamente a la baja en la tasa global de fecundidad que pasó en dicho periodo de 2,9 hijos por mujer. Y, finalmente, el último periodo observado, muestra que las tasas de crecimiento urbano siguieron disminuyendo y la tasa rural presentó un pequeño incremento.

Ahora bien, las tasas de crecimiento del total nacional muestran la tendencia pero no develan las particulares condiciones de los diversos espacios nacionales; la tipología de municipios organizada por tamaño de su población, indica que la evolución de la población en los espacios urbanos del país tiene regiones que pierden población de manera permanente y otras que reciben.

El proceso que ha vivido Colombia en su transformación hacia un país urbano presenta una cúspide de crecimiento sin precedentes en el periodo intercensal de 1951-1964, tanto para el área urbana como para la rural, con tasas de crecimiento de hasta 97,9 promedio anual por mil, para el área urbana de los municipios mas grandes; en los periodos posteriores la curva se muestra en declive, con un importante caída para los municipios mayores de 500 mil habitantes, que llega a tener una tasa de crecimiento promedio anual para el último periodo de 26,83; esta cifra, junto con la tasa de los municipios rurales (> de 10 mil), son las más bajas del mencionado periodo intercensal.

El comportamiento de las tasas de crecimiento rural presenta oscilaciones mayores para todos los grupos de municipios y en todos los periodos intercensales: en el primer periodo (1951-1964), todos los municipios presentan altas tasas de crecimiento, pero ya en el siguiente, (1965-1973), se da una significativa baja en las tasas para todos los municipios. Se observa una relativa recuperación entre 1973 y 1985, cuando se mantienen en alza para los municipios superiores a 500 mil habitantes pero que declinan para los demás grupos. La curva de los municipios grandes (> de 500 mil) y los municipios rurales (< de 10 mil), en el último periodo vuelven a juntarse, con un importante descenso de su población rural.

3. La violencia que ha acompañado los procesos migratorios

Una buena parte de las migraciones poblacionales acaecidas en la última mitad del siglo XX se han gestado para Colombia en medio del conflicto armado. Han sido migraciones de carácter forzado. Así las cosas, se hace necesario abordar la lectura de dichos movimientos migratorios a la luz de nuevos enfoques teóricos de los estudios de población, con un importante reto de construcción conceptual.

Desde la óptica disciplinar, son limitados los análisis que dan cuenta de las implicaciones de corto, mediano y largo plazo que tiene para la dinámica demográfica y económica de una sociedad el fenómeno de la migración forzada. Dicho fenómeno es un hecho poblacional del que debemos ocuparnos; los movimientos migratorios, tanto internos como los que trascienden las fronteras de los países, en los que no interviene la voluntad del migrante, son una realidad cada vez más significativa para las condiciones sociales, económicas, políticas y demográficas de las regiones de origen y de destino de dichos migrantes. Se convierte en un fenómeno concomitante con los procesos bélicos que afectan muchas regiones del planeta y con los hechos económicos que hablan de la internacionalización económica y “la libre circulación”. Los seres humanos son obligados a migrar ya sea por la presión de los conflictos armados, por condiciones de tipo económico, por crisis alimentaria y otras situaciones en las que está en peligro la sobrevivencia; los movimientos migratorios ocasionados por estas circunstancias deben ser considerados migraciones forzadas.

Desde la demografía se hace inaplazable el conocimiento y profundización de las causas para migrar; es allí donde radica la especificidad del movimiento; las particularidades que rodean estas causalidades determinan la dinámica de la migración y las consecuencias posteriores en términos demográficos, económicos y sociológicos. “Hasta ahora, los resultados científicos del estudio de los motivos para migrar han sido poco satisfactorios. Aunque se ha comprobado que la mayoría de los migrantes se trasladan por motivos económicos, entre los investigadores hay consenso general en el sentido de que esta conclusión es demasiado superficial e incompleta para explicar lo que verdaderamente motiva el cambio de residencia” (Alberts, 1974: 7).

Petersen (1975: 45) presenta una importante tipificación de las migraciones, al determinar cinco clases de migración señaladas como “primitivas, forzosa, impulsada, libre y masiva”. En esta propuesta tiene en cuenta dos elementos centrales: la polaridad establecida entre impulso - atracción, refinada al distinguir entre las migraciones innovadoras y conservadoras y las aspiraciones de los migrantes. Hace una crítica a la obra de Fairchild y afirma que “junto con la mayoría de los analistas de la migración,

Fairchild da a entender que en todas partes el hombre es sedentario y que permanece inmóvil hasta que alguna fuerza lo obliga a moverse” (Petersen, 1975: 42). Con esta afirmación los teóricos de las migraciones hacen un análisis simplista de las motivaciones y los elementos que posibilitan o niegan las migraciones humanas; la crítica de Petersen se fundamenta en el sentido universalista de dicha afirmación, que al igual que todas las tendencias polarizantes, no logran explicar conductas diferenciales. No es tan simple el proceso de la migración; las apreciaciones universalistas nos pondrían frente a un criterio de naturalización de las acciones humanas; se es migrante o sedentario por naturaleza y entonces nos preguntaríamos por qué algunas personas del mismo grupo social migran y otras no, que es el caso de la mayoría de las migraciones contemporáneas.

Como alternativa, Petersen propone refinar el concepto de impulso-atracción, e introduce una diferenciación entre migración innovadora y conservadora, que se refieren básicamente a los motivos para migrar: la primera tiene que ver con las aspiraciones del migrante de conseguir algo nuevo y la segunda responde a la necesidad de migrar para mantener las condiciones ya alcanzadas. Con estas innovaciones teóricas, este autor propone la tipología mencionada, en la que incluye la migración forzada como uno de los cinco tipos de migración.

La movilidad forzada como movimiento migratorio está determinada por las fuerzas de expulsión, es decir, las mayores motivaciones para migrar están en el lugar de origen y no en los posibles atractivos que ofrecen los sitios de llegada. El carácter forzado de la movilidad poblacional le da una connotación particular frente a otro tipo de migración. Es una migración no voluntaria, no determinada por la oferta de mejores condiciones laborales o sociales, es una migración forzada por las condiciones de violencia que se desarrollan en el territorio donde se habita permanentemente. En este sentido, Elizaga (1979: 211) invita a distinguir la migración “forzada” de lo que él denomina la migración “impulsada”; dice que el elemento central que se posa en dicha diferenciación es el grado de participación que tiene la voluntad del emigrante: “En la primera no cuenta esta libertad, mientras que en la segunda conserva cierto poder de decisión. El agente activante es siempre el Estado o la institución social que realicen funciones equivalentes. Entre las formas más representativas de la migración forzada están el tráfico de esclavos y el desplazamiento de grupos de población.

La migración forzada tiene, entre otras connotaciones, que no es un viaje diario a un lugar cercano, sino un movimiento que conlleva una transformación de las condiciones de vida. La distancia que se establece entre el lugar de salida y el sitio de llegada es significativa, no solo en términos geográficos sino especialmente en condiciones sociales; el desarraigo y la desarticulación del tejido social que genera el desplazamiento son elementos que causan una ruptura con el entorno donde se habita. En esta forma de movilidad, la decisión de migrar está determinada por un entramado complejo de factores altamente negativos.

Al entender la migración forzada como una forma violenta de movilidad contemporánea de población, propia de regiones en conflicto, que afecta a una cantidad significativa de gente y que en muchos casos corresponde a procesos de concentración de la tierra, de la riqueza o a disputas territoriales, resulta fundamental consolidar avances teóricos que orienten la investigación desde las particularidades presentadas en cada región e introduzcan en su análisis los efectos sobre las estructuras poblacionales y con ello el impacto económico y demográfico derivado del desplazamiento forzado.

Un elemento fundamental en la construcción teórica de la migración forzada tiene que ver con la discusión acerca de si la pobreza es la causa de las condiciones de violencia y a su vez una variable explicativa del desplazamiento. En ese sentido, es fundamental dejar claro que se caería en posturas reduccionistas al pensar que la pobreza de una región o de un grupo social es el elemento que desencadena el desplazamiento forzado; pero de la misma manera estaríamos profundamente equivocados al desconocer que las condiciones de precariedad material de una zona determinada son parte esencial en el análisis de la sucesión de hechos que generan la violencia y los demás fenómenos que se desprendan de ella (Moreno, 2000).

Es importante hacer referencia al debate pertinente en demografía entre población y pobreza. La migración es analizada, en el contexto de la pobreza, como un hecho que mitiga las carencias presentes en una región determinada. “La movilidad permite al individuo adaptarse a las limitaciones, escapar del peligro y de la pobreza” (Livi Bacci, 1995: 134). Esta afirmación, como elemento explicativo de las migraciones tradicionalmente determinadas por la oferta y la demanda laboral o por la oportunidad de cambiar positivamente las condiciones de vida, resulta válida de manera relativa, pues en las migraciones contemporáneas el supuesto de libre elección de la movilidad está cuestionado por múltiples elementos, entre otros, las políticas migratorias que restringen el ejercicio de la libre circulación y el mismo desplazamiento forzado. Este autor califica las nuevas condiciones que obstaculizan o alteran las dinámicas migratorias como una “esclerosis progresiva de las migraciones”, que igualmente afecta la movilidad interna. En esta condición se encuentra la migración forzada, lo que limita aun más la tendencia clásica de caracterizar los movimientos migratorios como un instrumento de superación de la pobreza; la particularidad de “ser forzada” se muestra como un obstáculo que niega e imposibilita el equilibrio entre la necesidad de la población y la oferta de recursos materiales, culturales, ambientales y sociales, entre otros.

La migración forzada en Colombia no atenúa las condiciones de pobreza, y más bien se comporta de manera inversa. Es importante tener en cuenta esta inversión de valores, debido a las particularidades que rodean la salida de la población (expropiación de la tierra, pérdida de territorio, del tejido social y de fuentes de ingresos) y las características de las regiones de recepción (las zonas más deprimidas de las grandes ciudades), con lo cual esta forma de movilidad incrementa las condiciones de pobreza y vulnerabilidad de la población afectada e igualmente de la población residente en la zona de recepción.

Respecto al derecho que asiste a toda persona a migrar o no migrar, se puede resumir en estas palabras: “La libre movilidad territorial de los habitantes de un país es un derecho humano básico. Pero librar los movimientos a las decisiones individuales, sin el conocimiento y la información necesaria, puede acentuar problemas regionales y no ser conveniente para el desarrollo” (Lattes, 1995: 255). Este derecho forma parte importante del debate de la migración forzada y de todos los movimientos contemporáneos de la población.

Finalmente, el tema de la migración poblacional está ligado al territorio; desde una visión holística, la vida se construye tanto en un territorio geográficamente definido como dentro de un espacio social determinado y fluye al interior de una dinámica de mutua influencia, desde la cual las acciones que afectan al individuo o a la comunidad impactan el territorio y viceversa; se trata de una dialéctica de la construcción social y espacial. “Las poblaciones humanas, como todas las otras, no están simplemente sobre el territorio, no sólo ocupan un territorio, sino que lo construyen y transforman y a la vez son construidas y transformadas por el mismo. Así, diríamos que la población es parte constitutiva del territorio que habita, así como el territorio es parte constitutiva de la población que en él reside” (Universidad Externado de Colombia, 2002). Desde esta perspectiva, el estudio de las poblaciones y los territorios que habitan es un proceso integrador de diversas disciplinas. La referencia histórica necesaria para la comprensión de la movilidad y de la relación de la población con el territorio resulta fundamental en este tema que nos ocupa.

En la definición propuesta por Courgeau (1988) sobre la significación del espacio de vida, se enuncia una consecuencia importante. Afirma que “los individuos no viven en un sitio sino que cuentan con un ‘espacio de vida’ que se podría definir como la por-

ción de espacio donde el individuo efectúa sus actividades. Esta noción engloba, además de los lugares de paso y de estancia, todo el resto de lugares con los que el individuo se mantiene en contacto". Esto significa que el territorio es parte indisoluble del espacio de vida de la población; constituye un concepto fundamental en el momento de analizar los impactos y transformaciones sociodemográficas de la población que se ve obligada a emigrar.

Los efectos de la migración forzada se evidencian en las personas, en las comunidades y en los territorios que estas poblaciones abandonan y en los que luego ocupan. Resulta importante fundamentar el tratamiento del tema territorial desde los enfoques que lo definen como el espacio de construcción vital, entender que la población campesina o semirural que es obligada a desplazarse tiene un ritmo vital atado a las condiciones del entorno; sus pautas de fecundidad, su desempeño laboral, entre otros aspectos, son particularidades que se violentan sin tener en cuenta la voluntad de los individuos.

Los flujos migratorios constituyen otro de los conceptos cruciales en el estudio de las migraciones. Conocer la direccionalidad e intensidad de estos flujos facilita el análisis de su impacto en las regiones. Se requiere explorar en profundidad las características sociodemográficas de la población que es expulsada o que llega a un territorio determinado. No es suficiente identificar la intensidad de población que se pierde y la presión que ejerce la que llega sobre la dinámica municipal y regional. Desde la óptica disciplinar de la demografía, es determinante conocer las particularidades demográficas que acompañan a esta población y su distribución sobre el territorio.

4. Violencia y urbanización

La urbanización del país es un hecho consolidado hoy en día. Se dinamizó y gestó, al igual que para muchos países de la región, desde una clara perspectiva económica y "modernizadora" que animó los movimientos migratorios logrando volcar la población rural a las áreas urbanas y consolidando grandes metrópolis y ciudades medianas donde habita en la actualidad el 65% de la población de América Latina (Organización de las Naciones Unidas, 2007).

En Colombia, el fenómeno de la urbanización presenta particularidades políticas y económicas que lo diferencian de lo ocurrido en otros países latinoamericanos. Durante su historia como república en los pasados 185 años, ha vivido 25 guerras civiles nacio-

nales y alrededor de 60 guerras regionales. Como resultado de esas disputas, se generó una gran migración de la población que, entre otras consecuencias, originó la ampliación de la frontera agrícola, incorporando inmensos terrenos a esta actividad. Algunos estudios acerca del tema (González, 1997) indican que desde 1865 se venían desarrollando confrontaciones de alguna envergadura entre sectores que perseguían un tipo de desarrollo apalancado en la acumulación interna del capital industrial y financiero, y los grupos más conservadores que querían mantener su posición económica sustentando su acumulación en la concentración de la propiedad territorial.

En resumen, se trata de una serie de conflictos surgidos de la oposición entre quienes pretendían preservar las relaciones económicas de tipo precapitalista contra aquellos que decidían dar el paso hacia el capitalismo. De esa contradicción surgió la revolución de los artesanos y 35 años más tarde la llamada "guerra de los mil días", ocurrida entre 1898 y 1901. En esta oportunidad murieron cerca de 60 mil combatientes y las bajas de población civil en la guerra, según algunos historiadores, oscilaron entre 100 mil y 180 mil personas (Villegas y Yunis, 1978: 125).

Durante los primeros 30 años del siglo XX el país avanzó lentamente en el camino de crear las bases del desarrollo capitalista, ligado todavía a valores heredados de la colonia y guiado por la inversión económica y la influencia política de Estados Unidos.

Durante dicho periodo, Colombia abordó un proceso "modernizador". La modernización del país requería cambios en el régimen político; en 1930, cuando Enrique Olaya Herrera fue elegido presidente, se aceleraron las reformas modernizadoras que alcanzaron su máximo desarrollo en 1936, durante el gobierno de Alfonso López Pumarejo. En esta administración se crearon o modificaron las

legislaciones agraria, laboral, de seguridad social y de organización del Estado (González, 1997). Se institucionalizó un ambicioso cambio económico, social y jurídico que posibilitó un salto en la implantación del capitalismo.

Además de los cambios económicos necesarios, se requería una ampliación de la demanda de bienes y servicios consecuente con el desarrollo del mercado interior. Para lograrlo fue necesario mercantilizar el campo, desarrollar la agroindustria exportadora y acelerar el proceso de urbanización. Mediante la migración forzada de una gran cantidad de población del campo a la ciudad, se consolidó la capa media urbana de la población, principal demandante de bienes y columna vertebral del proceso de modernización. El desarrollo de este proceso propició grandes cambios en la dinámica política nacional que estuvo acompañada por el surgimiento de movimientos sociales que se manifestaron principalmente en la década de los cincuenta. El asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, fue el detonante de todas las contradicciones acumuladas en más de 40 años. Desde ese momento, se desataron condiciones de violencia que, de alguna manera, parecen encontrar correlatos en los conflictos actuales del país.

La migración de las décadas cincuenta y sesenta acrecentó el proceso de urbanización y contribuyó a expandir la frontera agrícola. La urbanización fue considerada una de las piedras angulares de la modernización. La misión Currie, organizada por el Banco Mundial, encabezada por el economista canadiense Lauchlin Currie, llegó al país para agilizar la necesaria transición hacia un país predominantemente capitalista, moderno y urbano (Kalmanovitz, 1985). Currie pertenecía a la escuela desarrollista, la cual proclamaba que la eficiencia económica era producto de la disolución de las viejas relaciones imperantes en las regiones rurales de los países del Tercer Mundo, con el consiguiente desplazamiento masivo de población hacia las ciudades. “La política apropiada para un gobierno que persigue la eficiencia económica consiste en estimular el éxodo de la agricultura y la consolidación de predios por todos los medios que no creen una conmoción política intolerable” (Whetem, 2000: 34).

La Misión Currie no solo contribuyó a forjar los mecanismos utilizados para la disolución de una parte de la pequeña propiedad rural, sino también a perfilar la denominada modernización nacional. “Las teorías desarrollistas imperantes desde la posguerra y vigentes hasta bien entrada la década de 1970, identificaron crecimiento con desarrollo y progreso, entendidos como procesos unilineales e irreversibles” (Corredor, 2001: 16). Continuando con la misma línea de análisis, la autora muestra cómo se produjo el agotamiento de ese modelo en toda la región latinoamericana: “Sin embargo, a partir de los años setenta las cualidades asociadas a la idea de progreso se van revelando como su contrario: la discontinuidad, la reversibilidad y la incertidumbre anuncian el agotamiento del proceso de sustitución de importaciones, fundado en una estrategia desarrollista que privilegió la modernización económica... La creciente urbanización revela el caos y los problemas cruciales de pobreza, desigualdad social y regional y de heterogeneidad estructural, lejos de haber sido solucionados se muestran más complejos” (Corredor, 2001: 16). Es precisamente en esta etapa –mediados de la década de los ochenta– cuando entra en crisis el modelo implementado en el país, se agudiza la escalada de violencia, y el desplazamiento forzado se perfila como una de las grandes consecuencias del conflicto que se vive en la actualidad.

Resulta indispensable resaltar la importancia que alcanza en la escena política y de violencia del país durante este período reciente el surgimiento de grupos paramilitares, el fortalecimiento de las ya existentes guerrillas, el auge del narcotráfico, la

militarización de la sociedad y la intervención bélica norteamericana como fenómenos determinantes de la conflagración que vive el país.

Desde esta perspectiva, la comprensión del fenómeno de la migración forzada pasa por el reconocimiento del contradictorio proceso político y económico que lo antecede y lo determina. La comprensión histórica de los procesos de migración forzada de la población colombiana es una referencia ineludible.

En el estudio pionero de la violencia en Colombia, elaborado por Guzmán, Fals Borda y Umaña Luna (1988: 296), se determinan algunas pautas sobre la dirección que tomó la migración interna durante la llamada violencia bipartidista. Así, los autores afirman: "Las ciudades que principalmente sirvieron de magnetos fueron en su orden: Bogotá, Cali, Ibagué, Medellín, Pereira, Armenia, Cartago, Palmira, Chaparral, Neiva, Líbano y Girardot (...) En estas ciudades los exilados llegan especialmente a casas de amigos o parientes. Pero muy pronto la economía familiar se resiente y se inicia el éxodo hacia las barriadas de chozas donde se albergan el resentimiento, la miseria, la promiscuidad y el hambre, que son tremendos generantes de violencia. Muchas personas se desadaptan y enloquecen; la mendicidad infantil cobra auge trágico; la prostitución prolifera; y la estadística de robos y hurtos asciende vertiginosamente". Esta situación, acunada en prácticamente todas las ciudades grandes e intermedias del país, se repite en el proceso actual de migración forzada.

En ese momento, la migración interna dibujó un nuevo mapa de la redistribución poblacional, generado por la violencia. No asistimos ahora al surgimiento de un novel fenómeno para el país; el proceso del desplazamiento se repite, con diversos actores y nuevos escenarios en este último periodo. Presenciamos, así, una nueva desterritorialización¹ de la población y la transformación de sus espacios de vida.

La población se ve obligada a desplazarse de sus lugares habituales de vivienda, enfrenta la desestructuración familiar, abandona y pierde la tierra, soporta la destrucción de sus lazos sociales y se ve obligada a transformar de manera radical e inesperada su espacio de vida, de trabajo y su entorno en general. El espacio de donde sale

se impacta por la pérdida de población, mientras que a las regiones de acogida se les imponen grandes desafíos en materia de recursos e infraestructura. Las características económico-sociales de dicha población, determinadas por la marginalidad y la pobreza, incrementan el nivel de necesidades básicas no satisfechas.

Una de las pautas de distribución territorial de la población que migra de manera forzada al interior del país tiene que ver con la direccionalidad de sus movimientos. El sitio hacia donde se dirige gran parte de la población tiene relación con los orígenes de la población misma; es decir, actúan como imanes los lazos familiares y culturales que subsisten en otras regiones del país, producto de viejas migraciones. Así las cosas, las pautas de distribución tienen tendencias recurrentes sobre las ciudades y los territorios que históricamente han sido origen y destino de migrantes internos. Las zonas expulsoras han estado ligadas durante mucho tiempo a procesos de expropiación de tierras, ordenamientos estructurales y disputas de territorios estratégicos para los intereses políticos y económicos de algunos grupos de poder (Fajardo, 1999; Machado, 2002; Mondragón, 2000).

Las zonas de mayor expulsión no son las más pobres del país, como se estableció ya en estudios realizados antes. Las regiones de mayor incidencia del desplazamiento forzado corresponden a donde están presentes los recursos naturales, la explotación minera y petrolera y en los territorios de mayor presencia de cultivos ilícitos (Bejarano, 1997; Sarmiento, 2000; Pérez, 2001).

La tendencia territorial en la recepción de población que migra por desplazamiento forzado en la etapa más reciente mantiene algunas de las preferencias territoriales determinadas en otros estudios sobre la migración interna –metrópolis y departamentos de mayor desarrollo económico y social–, los cuales definen esos polos de atracción. La migración forzada en el momento actual amplía el espectro de ciudades receptoras, expandiendo la llegada de volúmenes significativos de población a todas las ciudades capitales de departamento y a poblaciones de tamaño medio, ubicadas preferiblemente en las zonas de influencia de dichas capitales.

1 Se comprende por desterritorialización, como la pérdida del espacio vital, la ruptura que debe hacer la población en el momento de tener que abandonar su sitio habitual de vivienda y dirigirse a construir un nuevo territorio.

El desplazamiento forzado ha generado una redistribución de la población pobre, proveniente en su mayoría de las áreas rurales, que se distribuye en las zonas urbanas de las grandes y medianas ciudades; presenta, igualmente, algunas características territoriales que tienen que ver con el origen y destino de sus movimientos con respecto a los lugares de expulsión. Son preferiblemente las poblaciones pequeñas y las zonas rurales de los municipios de menos de 50 mil habitantes los sitios donde se origina el mayor número de desplazados; de estos sitios sale el 68% de la población que migra de manera forzada; en cuanto a la dirección de los flujos migratorios, se identifican tres características centrales: en primer lugar, son movimientos que se dirigen preferiblemente a las grandes y medianas ciudades; 52% de los migrantes llegan a ellas. En segundo lugar, dicha población establece su lugar de residencia en las zonas más deprimidas de estos centros urbanos. Y en tercer lugar, son las cabeceras urbanas de los mismos municipios las grandes receptoras de población proveniente del área rural; 32% de los desplazados se dirigen allí.

5. A manera de conclusión

Para Colombia, la dinámica migratoria continúa teniendo un aporte decisivo en el crecimiento urbano. Ello debido a que, si bien el porcentaje de población rural, con respecto a la población urbana, ha disminuido progresivamente, el número absoluto de habitantes del campo ha crecido lentamente o permanecido prácticamente invariable. Desde los años cincuenta del siglo pasado, mucha población rural, expropiada y expulsada de su territorio por terratenientes y gamonales, se reubicó en zonas de colonización, ampliando, con su actividad productiva, la frontera agrícola, poblando así nuevas zonas rurales del país. Estos son los nuevos migrantes a la ciudad, sacados violentamente de su hábitat, que contribuyen de esa manera a incrementar la concentración de la población urbana. Sin embargo, la migración ha venido perdiendo peso en el volumen de crecimiento en contraste con el aumento natural de la población citadina.

Así pues, la migración rural urbana continúa siendo para el país un proceso de gran relevancia, en especial para los municipios medios que cuentan con una población que oscila entre 100 mil y 500 mil habitantes. Los hechos urbanos que se derivan de la llegada y el incremento de la población, constituyen un crecimiento paralelo de las necesidades infraestructurales y sociales y el requerimiento de bienes y servicios a los que se tiene derecho.

Prácticamente todas las ciudades capitales de departamento y ciudades intermedias, cercanas a las cuatro grandes ciudades, son hoy en día los centros de mayor concentración de población. El censo del año 2005 determinó que el 73,1% de la población urbana del país habitaba en 48 municipios, que tienen entre 100 mil y 500 mil habitantes, mientras que solo el 15,8% lo hace en las ciudades mayores a un millón de habitantes. Así las cosas, se hace inaplazable validar esta nueva condición urbana y, en consecuencia, dotar a dichos territorios de herramientas administrativas, políticas y económicas necesarias y suficientes para que el proceso de urbanización no agudice el conflicto social ya presente. A este respecto, el informe de Naciones Unidas determina que la expansión de los centros pequeños y medianos es una oportunidad para la construcción de condiciones nuevas para la población que allí se asienta.

Bibliografía

- ALBERTS, Joop (1974). "Hacia un mejor entendimiento de los motivos para migrar", en *Revista Latinoamericana de Demografía*, serie Notas de Población año II. Núm. 4. Santiago de Chile: Celade.
- ARANGO, Joaquín (2003, octubre). "La explicación teórica de las migraciones: luz y sombra", en *Migración y Desarrollo* núm. 1. México, Zacatecas.
- BLANCO, C. (2000). *Las migraciones contemporáneas*. Madrid: Alianza Editorial S.A.
- CARDONA, Ramiro y Alan Simmons (1977). *Destino la metrópoli, un modelo general de las migraciones internas en América Latina*. Bogotá: Canal Ramírez-Antares.
- CORREDOR M., Consuelo (2001). "La modernización inconclusa", en *Desarrollo Económico y Social en Colombia Siglo XX*. Bogotá: Unilibros, Universidad Nacional de Colombia.
- COURGEAU, D. (1988). "Méthodes de mesure de la mobilité spatiale. Migrations internes, mobilité temporaire", *Population (French Edition)*, 43e Année, núm. 4/5.
- ELIZAGA, Juan C. (1979). *Migración interna. Dinámica y economía de la población*. Santiago de Chile: Celade
- FORNAGUERA, Miguel y Ernesto Gühl (1969). *Colombia. Ordenación del territorio en base del epicentro regional*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- GONZÁLEZ G., Fernán (1997). *Para leer la política, Ensayos de Historia Política de Colombia*, vols. 1-2. Bogotá: CINEP.
- GUZMÁN C., Germán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna (1988). *La Violencia en Colombia, Estudio de un proceso social*. Bogotá: Círculo de Lectores.
- KALMANOVITZ, Salomón (1985). *Economía y Nación, una breve historia de Colombia*. Bogotá: Siglo XXI.
- LATTES, Alfredo (1995). "Urbanización, crecimiento urbano migraciones en América Latina", en *Población y Desarrollo, Tendencias y Desafíos*. Número especial conjunto de pensamiento iberoamericano N° 28, y Notas de Población N° 62.
- LIVI BACCI, Massimo (1995). "Pobreza y población", en *Población y Desarrollo, Tendencias y Desafíos*. Número especial conjunto de pensamiento iberoamericano N° 28, y Notas de Población N° 62.
- MARTÍNEZ, Ciro L. (2001). Variables de clasificación geográfica según los censos colombianos entre 1964 y 1993, Taller col-IPUMS, Homologación de los datos censales de Colombia en Bogotá. Colombia, 23 y 24 de marzo de 2001.
- MORENO G., Hernando (2000). *Índice de vulnerabilidad espacial del desplazamiento en Colombia en el año 2000*. Bogotá: Red Bogotá, junio de 2001.
- ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS (2007). *El estado de la población mundial 2007. Liberar el potencial del crecimiento urbana*. Fondo de Población de las Naciones Unidas UNFPA.
- PÉREZ, Luis E. (2001). *Desplazamiento forzado en Colombia, 1995-1999: una aproximación empírica a las relaciones entre desplazamiento, conflicto armado y desarrollo*. Tesis de grado de maestría. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Económicas.
- PETERSEN, William (2004). "Tipología general de la migración", en ELIZAGA y Marisco (Coord.). *Migraciones internas teoría, método y factores sociológicos*. Santiago de Chile: Centro Latinoamericano de Demografía.
- UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA (2002). "Orientaciones para el manejo de las variables de población en los procesos de desarrollo y ordenamiento ambiental". Proyecto FNUAP/COL/01/001, informe final. Bogotá: Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Centro de Investigaciones sobre Dinámica Social, Población, Medio Ambiente y Planeación.
- VILLA, M. y J. Rodríguez (1997). Dinámica sociodemográfica de las metrópolis latinoamericanas durante la segunda mitad del siglo XX. Notas de Población, N° 65. Santiago: Celade.
- VÍNUESA, J. (1994). *Demografía, análisis y proyecciones*. Madrid: Síntesis.